

LA ETICA. CIENCIA FUNDAMENTAL PARA LA ERA ECOLOGICA

FÉLIX PÉREZ Y PÉREZ

En el siglo XIX el hombre se proponía llegar a lo que Alberto Rey llamó «conciencia de lo definitivo» o conocimiento soberano de las cosas. Los conocimientos científicos y técnicos habían alcanzado un nivel suficiente como para someter a revisión las verdades que hasta aquel momento se consideraban definitivas. La prueba fue negativa, se demostró que muchas de las llamadas «verdades definitivas» no superaban la crítica y el análisis científico fundamental de las mismas, pasando a ser hipótesis de trabajo. De esta manera se derrumbaron muchas doctrinas, filosofías en lo político, laboral, religioso, social y económico llegando a una situación realmente desconcertante, cuya zozobra afectó fundamentalmente a la juventud que cae en una inmensa inseguridad. En estas condiciones el «siglo de las luces» se convierte en «siglo de las penumbras» con el que pasamos al siglo XX.

Durante este periodo el desarrollo económico y social se incrementa notablemente como consecuencia de actual la industria como «factor de desarrollo», creadora de puestos de trabajo y situaciones de bienestar desde el punto de vista físico, mental e intelectual del hombre, etc. Sin embargo, pronto aparecen verdaderas dudas en el hombre moderno que aspira a vivir cada día mejor y a instalarse en la llamada «sociedad del bienestar» en la que el concepto de «bienestar» se discute profundamente, pero se plantea como meta.

Surge una preocupación creciente en orden a las posibilidades del Planeta Tierra para soportar el desarrollo intensivo, dinámico y en todo caso destructor del hombre empleando la industria como factor de desarrollo. A partir del año 1948 comienzan las primeras protestas: precisamente en la Universidad de Berkeley, en que el líder estudiantil Humphrey Philips reúne a los estudiantes en el campus de la universidad donde queman los prototipos de los principales adelantos: coches, televisores, etc., como protesta por el enorme desarrollo industrial que está poniendo en peligro la vida en el Planeta Tierra, en un país que consume más del 60 % de la energía generada en el Planeta y sólo representa el 6 de la población del mismo. Esta manifestación tuvo seria repercusión política como veremos más adelante.

A partir de los años 50 —del siglo en que vivimos— podemos decir que se instala una nueva era «LA ERA ECOLOGICA» que se caracteriza por una «singular preocu-

* Conferencia pronunciada el 19 de febrero de 1997.

pación» por mantener la calidad de vida en el futuro próximo puesto que los ecosistemas tanto terrestres como acuáticos se están destruyendo y a veces con carácter de irreversibilidad. La Historia no es un episodio sino un conjunto de actos sucesivos protagonizados por el hombre a través del tiempo y del espacio influenciadas por la circunstancia, como diría Ortega y Gasset —La circunstancia, «temor al deterioro ambiental y su repercusión en la calidad de vida» ha sido el factor fundamental que ha decidido el signo de la Historia—.

La llegada de la Era Ecológica está íntimamente relacionada con el desarrollo industrial actual. El hombre ha sido capaz de movilizar las energías fósiles abundantes en el subsuelo: hierro, carbón, minerales, etc., como base de planteamientos industriales generadores de puestos de trabajo, altos niveles socioeconómicos y en definitiva lo que hasta ahora denominamos «desarrollo» —la industria como factor de desarrollo de innegable eficacia e interés desde el punto de vista general es una realidad bien evidente—.

El Planeta Tierra

La Tierra, en que vivimos no es sino una nave espacial (NET, nave espacial llamada Tierra) que se desenvuelve en el espacio sometida a leyes físicas y matemáticas a las que se mantiene rigurosamente fiel, en virtud de las cuales percibimos los influjos solares que permiten la vida (ciclos biológicos) en nuestro Planeta. Sin embargo, hay que señalar que todo lo que existe en la Tierra es finito y por tanto cualquier alteración en los equilibrios biológicos puede perturbar los mismos al límite la irreversibilidad, convirtiendo al Planeta Tierra en un ecosistema totalmente inhabitable. La rigurosidad —perfección— del reciclaje en los equilibrios biológicos es tan rigurosa que, de no ser por el deterioro de los ecosistemas con carácter irreversible (anulación del reciclaje), la tierra podría tener la misma coeternidad que el Creador.

El Génesis dice que: «el hombre fue situado en un jardín maravilloso (paraíso), lleno de paz, armonía, belleza, donde existían todas las condiciones necesarias para que aquel pudiera alcanzar su desarrollo —motivo fundamental por el que llegar a la tierra a fin de alcanzar el bienestar definitivo—, tal como señalan las Sagradas Escrituras. Sin embargo, el hombre, poco a poco, que en principio adoró a la Naturaleza de la que procede y a la que pertenece, abandonó sus ideas «teocentristas». La filosofía teocentrista significa que Dios es el origen de todas las cosas (el bien, el mal) en la creación y por tanto de todo lo existente. El hombre en aquel momento estaba muy cerca de la Naturaleza (primitivismo histórico), adoró a Dios, pensó en la grandeza del mismo y de lo creado y por tanto era substancialmente ecologista; toda la grandeza de la Naturaleza apuntaba a la creatividad de Dios. A medida que el hombre va alcanzando confianza en sí mismo (desarrollo científico y técnico) descubre sus propias posibilidades.

Con el desarrollo de los cultígenos, la agricultura, ganadería, etc., y posteriormente la industria, el ser humano se libera totalmente de esta filosofía —manera de pensar— y aparece el *antropocentrismo* que significa «el hombre principio y fin de todas las cosas». El hombre fuerte, creador, abandona la ida providencial lucha contra la Naturaleza, se propone conquistarla, dominarla, humillarla y también —desgraciadamente— destruirla inconscientemente.

Durante muchos años —y hasta el momento— muchos países se han dedicado a conquistar, dominar, allanar a la Naturaleza hasta conseguir el dominio total de la misma. Esta situación consecuencia del desarrollo industrial dió paso ya con anterioridad al Renacimiento en el que el hombre se siente libre de ataduras, se ve potente —hedonismo— (culto a sí mismo) apareciendo como un Dios Creador y dominante de la vida en toda la Biosfera sin darse cuenta de que si es cierto que ocupa la cúspide de esta pirámide vital, también tiene la obligación de mantener los equilibrios tal como los recibió. El ser humano, situado en aquel maravilloso paraíso del que hablamos anteriormente, ha olvidado en este momento histórico del siglo en que vivimos que tiene derecho (ut operaretum terram) a modificar el entorno que le rodea. Ciertamente la Naturaleza, la tierra misma, es mutable y cambiante, evoluciona y el hombre debe adaptarse a estas condiciones. Lo que ha olvidado —esencialmente— es que puede utilizar los elementos para su realización pero, sin embargo, debe conservar los equilibrios biológicos.

Tal como diría el Doctor Swaizzer: «el hombre vive en la Tierra —que es como una granja alquilada— con la que tiene un derecho de contrato —mantener las cosas en su sitio— para que nuestros sucesores encuentren los mismos factores de realización que él recibió. Sin embargo de esto se ha olvidado el hombre moderno y está convirtiendo aquel jardín maravilloso, ejemplo de paz, armonía, bienestar, etc., en un verdadero desierto donde las condiciones vitales pueden llegar a lo imposible.

Tal vez tenga razón el Catedrático de matemáticas de la Universidad de Río de Janeiro, Dr Leonardo Wolf, creador de la «Filosofía de la Liberación» cuando dice: «el hombre moderno desea debilitar a la Naturaleza, allanarla, dominarla y ponerla a su disposición, cuando realmente es al revés: la Naturaleza ha estado siempre ahí, mantiene sus normas, mantiene sus leyes biológicas y es el hombre quien debe de cambiar y adaptarse a la Naturaleza. El hombre ha olvidado que depende de la Naturaleza y no la Naturaleza de él, que la Naturaleza no le pertenece así como la vida. La vida *no la hemos creado nosotros*, la hemos recibido, somos simplemente un hilo de la tela inmensa que representa la Biosfera (espacio habitable de planeta). El hombre no es dueño de la Naturaleza, ni siquiera de la vida, es parte de la misma, dependiente de ella.

Sería interesante que nos hiciéramos la siguiente pregunta. ¿Qué es el hombre? Al hombre se le ha definido como un conjunto de existencia y esencia. Una *existencia biológica*, y como todo ser vivo: nace, crece, se reproduce y muere, cumple su ciclo biológico —paso fugaz por la Tierra—. Por otra parte es una esencia trascendente que se une a aquella existencia para dar como resultado a un *ser superior* —evidentemente superior— que fácilmente se ha situado en la cúspide de la pirámide vital desde la que domina a toda la Creación. El desarrollo científico y técnico alcanzado por este SER singular (homo sapiens) ha sido realmente admirable al punto que hoy, con todo orgullo podemos denominarle sapiens sapiens sapiens (tres veces sapiens) por el enorme desarrollo mental (intelectual) y las conquistas científicas que ha alcanzado, al extremo que la ciencia desarrollada por el hombre sería capaz de destruir totalmente al Planeta Tierra por lo que respecta a su habitabilidad.

Al ser humano dotado de inteligencia —chispa de la Creación— le es fácil situarse por encima de la materialidad de sus principios (parte biológica del mismo) y pensar desde esta posición en lo que está sucediendo en su entorno. A este respecto Renée Dupont decía: «nos debatimos entre la utopía y la muerte-utopía, pues es muy difícil

cambiarlo todo y muerte porque de lo contrario la vida en el Planeta sería imposible o por lo menos muy difícil si en este momento frenásemos el desarrollo —factor de bienes innegable para la Humanidad—. Bosquet ha dicho: «la industria cuando llega a un determinado nivel es más perjudicial que beneficiosa», porque las ganancias dentro del proceso industrial se valoran simplemente como tales, sin tener en cuenta el gasto —coste— ecológico que tales ganancias pueden representar en orden al índice de contaminación. Al extremo de que hace unos años para montar una industria solamente era necesario capital, tecnología y mano de obra, mientras que en este momento los países desarrollados exigen unas condiciones esenciales que se refieren a la incidencia que los procesos industriales de los referidos planteamientos (gastos ecológicos) pueden determinar en el entorno.

Hace unos Años Phillip Saint Marc señalaba: «Durante mucho tiempo hemos estado viviendo en la creencia de que la Tierra era un bien»; inagotable, gratuito y eterno; el tiempo nos ha demostrado que nada de esto era cierto. La riqueza de la tierra es limitada, no es gratuita y por tanto no es eterna, en cuanto no cuidemos con esmero los mecanismos de reciclaje que necesitan los procesos industriales para volver al punto de partida de la materia prima transformada por los mismos. A esto añadía Charles Birg: «El Planeta está caminando en un universo pero enfrentado a un enorme Iceberg, cuya parte visible son los niveles de contaminación que hoy conocemos perfectamente y otras circunstancias, mientras que en la parte sumergida del mismo existe una complicada trama de intereses: materiales, políticos, sociales, etc., que constituyen un complejo planteamiento muy difícil de resolver.

En la Conferencia de clausura de la Cátedra «Félix Rodríguez de la Fuente» que se desarrolla en la Casa Regional «Mesa de Burgos» en Madrid, el Presidente de la Comunidad Autónoma de Castilla y León expuso de una manera detallada y ciertamente admirable la labor desarrollada en relación con el medio ambiente. Es curioso que tratándose de un vasto territorio —Castilla y León— (la décima Comunidad del contexto peninsular), integrado por tierras pobres, de climatología muy diversa y en general adversa y con niveles socioeconómicos relativamente más bajos de lo deseable, sea —sin embargo— la Comunidad que más atención presta al problema del medio ambiente y ordenación de su propio territorio a fin de mantener los equilibrios biológicos intactos.

Hace unos años escribía el eminente físico de la NASA Herbenhof, que la Tierra —hoy denominada Gaia, en vez de Gea como corresponde a la denominación griega— es un ser vivo. La Gaia es un gran monstruo que vive flotando en el éter (enorme nave espacial) que posee su columna vertebral en la Litosfera, el sistema respiratorio en la Atmósfera y el circulatorio en la Hidrosfera. Se trataría por tanto de un gran elemento vivo sobre cuya piel se desarrolla (hasta unos 50 kilómetros de altura) toda la vida existente en el Planeta. Este gran monstruo en cuya epidermis se desenvuelve toda la Biosfera, es decir la parte habitable del Planeta, hace posible la vida gracias a la acción protectora de la misma.

La Gaia es capaz de responder cuando la vida se encuentra en situaciones amenazantes y permite la supervivencia. En aquellas circunstancias en que las temperaturas se elevan, tiene lugar la fusión de los hielos de los polos para recuperar los niveles de agua, o cuando disminuye la cantidad de oxígeno, se incrementaría la foresta para que mediante la función clorofílica se genera la cantidad de oxígeno necesaria para todos

los seres vivos. Esta misma foresta convierta el bióxido de carbono en principios inmediatos, es decir nutrientes para la propia vegetación, así como en tampones para estabilizar la condición biológica de las aguas al mezclarse con las mismas dando lugar a carbonatos (bases alcalinas), circunstancia que permiten que el pH de esas aguas se mantenga dentro de los límites normales para la viabilidad de las especies acuáticas.

De esta interpretación —fantástica (que merecería ser cierta)— la tierra protegida por las Diosas Titea, Ceres y Cibeles que hoy están enfadadas, puesto que el hombre (ser diminuto, inteligente) está llevando a cabo una serie de acciones que comprometen la propia vida sobre la Gea. Es maravilloso pensar como el hombre ha escapado mediante su inteligencia (en virtud de sus conocimientos de ecología) de las bajas temperaturas, de la intoxicación por bióxido de carbono en la era volcánica, del avance de los glaciares, etc., desafiando al medio físico y buscando situaciones de supervivencia, ha llegado hasta nosotros. En todo caso, señala el eminente físico, autor de esta filosofía, «es urgente llamar la atención a ese hombre superdesarrollado de hoy que merece todo tipo de beneplácitos por su gran desarrollo y capacidad intelectual a fin de que modifique su actitud, «dejando de luchar contra la Tierra de la que depende y a la que pertenece».

Volviendo a la naturaleza del hombre, conviene señalar que existen hechos radicalmente diferenciales entre el hombre y las distintas especies que pueblan la Tierra. En su código genético existen espacios en blanco que le permiten grabar, es decir le permiten aprender y que hacen posible la educación —hombre + educación = persona—. De esta manera el ser humano convertido en persona se transforma en protagonista inteligente frente a la Naturaleza física.

Así como los animales y las plantas llega a la vida con un cariograma completo —todo está programado— tratándose tan solo en interpretar una sinfonía escrita, el hombre —por el contrario— viene a la Tierra (también con una sinfonía escrita transmitida por herencia) pero al mismo tiempo con la necesidad de completar —realización— la referida sinfonía mediante su propia actividad. Nace aquí la necesidad de encontrar un medio de realización que le fue dado, que es precisamente el Planeta Tierra para conseguir esta realización con las máximas posibilidades que la sociedad le pueda prestar. De aquí que el principio de «igualdad de oportunidades» tenga una indicación social muy precisa para hacer que todos los hombres dispongan, como mínimo de las mismas posibilidades para componer su particular sinfonía, que es lo único que quedará después de la muerte (trascendencia del ser humano).

La *alternativa ecologista* se refiere a una filosofía surgida a principios de siglo y desarrollada ampliamente con matices distintos. Por una parte tenemos que hablar de los ecólogos como hombres de ciencia dedicados al estudio de la Ecología cuya labor es realmente importante y, de otra, de los ecologistas que engloban aquellas asociaciones de carácter político con la misión fundamental de conseguir el poder. La filosofía ecologista en cuanto se refiere a la conservación de la naturaleza y a mantener la misma por encima de todo lo creado resulta realmente interesante. Sin embargo, el propio Marcoux, autor de la misma, señala que se debate su filosofía entre «la verdad y la utopía». La verdad porque ciertamente existen hechos que podemos constatar —reales y admisibles, niveles de contaminación, etc.— y la utopía puesto que se propone modificar totalmente la sociedad actual, en el sentido de considerar que la Tierra es todo y que el hombre no es más que una simple depen-

dencia de la misma; no hay propiedad de la tierra, hay propiedad de la naturaleza y lo que ahora llamamos por patrimonio de la Humanidad no son más que bienes de la naturaleza. Habría que cambiar el sentido de propiedad, el sentido de orientación de muchas instituciones, la educación del hombres, etc., y esto representa un objetivo realmente difícil (utópico).

Esta filosofía tuvo una enorme repercusión político-social, de manera que en el año 1968 atendiendo a la misma, las Naciones Unidas crearon la Secretaria Mundial del Medio Ambiente que fue el punto de partida de instituciones políticas que hoy en todos los países desarrollados alcanzan el nivel de Ministerios de Medio Ambiente, etc.

Sucesivamente en el año 1972, la propia Organización Mundial de las Naciones consideró oportuno la organización de la Cumbre Mundial del Medio Ambiente con el slogan «sólo una Tierra». Esta cumbre de Estocolmo en la que se habían puesto todas las esperanzas, por cierto magníficamente organizada por Maurice Strong —mecenaz canadiense especializado en estos temas—, no tuvo el éxito ni muchísimo menos esperado ya que la filosofía madre —fundamental— que allí se acuñó titulada «actúa en local y piensa en global» no se ha cumplido. Todos los países han *actuado en local*, muchos de ellos han hecho que la vida sea posible en ríos altamente contaminados, que las ciudades estén menos contaminadas, el establecimiento de depuradoras, etc., pero al mismo tiempo no han tenido en cuenta el *aspecto global*. Los residuos tóxicos se han lanzado al país vecino y de esta manera ocurre que los bióxidos de carbono, azufre, nitrógeno, etc., de las industrias de muchos países como Inglaterra, industrias del Rhin, Checoslovaquia, etc., dañen el ambiente de otros países y como consecuencia tienen un efecto nocivo —altamente nocivo— para la Biosfera por lo cual la crisis vegetal de los países nórdicos, del centro de Europa, así como la animal es ciertamente evidente. No ha habido visión global sino un egoísmo local y por tanto los compromisos de Estocolmo no se cumplieron.

Algo así nos ha pasado con la Conferencia —20 años después— organizada por el mismo personaje (por encargo de la ONU) —ciertamente admirable en este sentido— como fue la Cumbre de 1992 de Río de Janeiro en la que bases fundamentales se han establecido, pero hasta el momento no se ven los resultados. La Carta de la Tierra, la Agenda 22 se están cumpliendo pero de una manera discreta y sin pretensiones, descuidando el cumplimiento de las obligaciones que comporta aquellos compromisos de la Cumbre. Quizás nos hayamos equivocado con tantas conferencias, cumbres, etc., y lo más importante es la obligatoriedad —el cumplimiento— de lo acordado —cosa que deja mucho que desear—.

El resultado de esta situación es que los países ricos cada día son más ricos y los pobres incrementan su pobreza. Los técnicos acuden a los primeros porque son mejores pagados y encuentran mayores facilidades para realizar sus programas; mientras que los segundos no tienen medios para conseguir este objetivo.

Un asunto realmente preocupante es el que se planteó en la Cumbre de Río en el sentido de señalar claramente que la cantidad de oxígeno (gasto ecológico del desarrollo) del Planeta Tierra no permitiría el desarrollo por igual de todos los países. De manera que si la India y China adquirieran un desarrollo semejante al de Francia la vida en el planeta Tierra sería imposible. Se hace necesario un orden para llevar a cabo este desarrollo más allá del desarrollo continuado, lento, progresivo que la primera

Ministra de Suecia apuntara puesto que se trata de un programa lento, difícil y ello exige, sin embargo, unas acciones políticas mucho más enérgicas para evitar este desfase.

La caída del Muro de Berlín nos ha demostrado que no solamente existía una gran diferencia entre el Este y el Oeste sino también entre el Norte y el Sur, a la derecha y a la izquierda del referido Muro que parecía separar dos mundos diferentes de desarrollo. Es necesario acciones que coordinen este punto a fin de conseguir un verdadero resultado.

En definitiva podemos CONCLUIR que —*la verdad (la solución) está en la educación*—, es necesario que el hombre de nuestros tiempos tenga una educación diferente a fin de que pueda comprender la trascendencia de los problemas que plantea la contaminación ambiental y el deterioro de los equilibrios biológicos. Esta educación debe estar precedida de una verdadera programación, teniendo en cuenta una serie de hechos tan importantes como los que se han enunciado con motivo del veinticinco aniversario de la creación del Club de Roma, en el que se afirma que la utopía puede ser la más firme realidad (Ricardo Díez Hoschlainer) si cumple las siguientes condiciones: unanimidad de los objetivos, claridad en los planteamientos y tenacidad en el seguimiento de los mismos; esto es sencillamente, lo que requiere el tratamiento —*política medioambiental*— de manera urgente.

Como señala Kant, lo más importante del hombre del futuro es que sepa encontrar el lugar en el que debe situarse en el concierto de la Creación. En este momento se impone el desarrollo de una tercera generación de Derecho Humanos que trataría de los derechos del hombre del futuro en el sentido de prever de una manera clara, serena y definitiva qué es lo que le espera. Hay que señalar que si en el pasado, como diría el Profeta Elías, la Justicia y la Paz se abrazaban para cumplir sus objetivos; en el sentido de que no puede haber Paz si no hay Justicia ni Justicia sin la Paz, ya que la Paz es un bien necesario para que el hombre pueda desarrollarse y pueda conseguir su perfecta realización. Hoy ha aparecido un tercer ingrediente fundamental que es el «*respeto a la naturaleza*», no puede haber Paz sino hay respeto a la Naturaleza. En este sentido hay que elogiar las palabras del Presidente Gorbachov cuando en un Pleno de la Secretaría de las Naciones Unidas expuso con toda claridad: «solamente podemos resolver la conflictividad del momento de dos formas: controlando el armamento y centrando el problema de la contaminación ambiental y los desequilibrios biológicos que amenazan con hacer imposible la vida en el Planeta.

La educación es algo realmente importante ya que si el hombre no se convierte en persona tras la educación, con una preparación adecuada para vivir en esta situación (Era Ecológica) todo estará perdido. La educación por otra parte se ha entendido —como diría Corominas— en el esfuerzo que la familia hace para sacar adelante a sus hijos; *educere*, que significa sacar adelante; *dúcere* que significa conducir. Sin embargo, en el tema educativo conviene tener en cuenta que la educación sólo es posible en el ser humano, los animales solamente se les puede adiestrar. Para que la educación sea realizable hace falta una base genética en el sentido que existan espacios en blanco —propios de la especie humana— para llenarse con el contenido educativo.

El contenido educativo exige tres condiciones como diría el filósofo Profesor González Álvarez: *espacio, tiempo y libertad*. El primero se refiere a esa condición

genética hoy descubierta en el cariograma único del ser humano; el segundo se refiere a que la educación no se improvisa, necesita un entrenamiento (habitación), un efecto permanente, llegando ya a lo que llamamos libertad. La libertad se refiere a que solamente es educable un niño cuando pierde los hábitos instintivos que le ligan a la materia y adquiere el uso de razón que domina el instinto, entonces se impone la reflexión. Por eso en el pasado la educación se consideraba obligatoria cuando el niño adquiriría el uso de razón. Hoy sabemos que la «operación temprano», denominada así por el referido filósofo, es muy importante ya que en estas circunstancias el niño se encuentra biológicamente con una dotación celular (neuronas en su hipocampo) realmente amplia para la captación educativa de máxima utilidad.

De tal manera que el espacio, el tiempo y la libertad, así como la reiteración son importantes. Hemos tenido la desgracia de que la Era Ecológica nos haya sorprendido (a la generación actual) con una escasísima preparación, de manera que las familias no sabían como comportarse respecto a la educación ecológica para sus hijos; urge, por tanto, un sistema educativo que directamente toque este tema a nivel del niño, del adolescente y del joven, así como a la sociedad adulta para que poco a poco se vaya mentalizando —tal como está sucediendo afortunadamente— respecto al hecho ecológico que nos preocupa.

Hace unos años, el Profesor Rof Carballo —recientemente fallecido— pronunció una maravillosa conferencia en la Cátedra «Félix Rodríguez de la Fuente» que organiza la Casa Regional «Mesa de Burgos» (de la cual me honra ser Director) en la que significaba, que en los países modernos que presumimos de «Estado de derecho», cuando se omite la fuerza de la Etica, y de la Moral, ha de ser la Ley Civil la que imponga el castigo al incumplimiento de las leyes que protegen el Medio Ambiente. Sin embargo, la actuación en este sentido siempre podrá ser más o menos eficaz —en general poco eficaz— porque lo que cuenta es el subconsciente y en el subconsciente el hombre no preparado en este sentido mantiene todavía una especie de subversión (tendencia aniquiladora ancestral) contra la Naturaleza que le inclina a realizar actos de salvajismo atentatorios contra la misma.

Es necesario por tanto una nueva ETICA, ética para fundamentar a la sociedad moderna. La ética como todas las ciencias ha de partir de *hechos de experiencia*. En este sentido podemos considerar dos tipos de hechos: los de experiencia externa y los de experiencia interna. Los primeros se llaman *hechos sensoriales* y a los segundos los podemos llamar *hechos de conciencia*.

Los «hechos sensoriales» deben su nombre a que son captados por la percepción sensorial, bien inmediatamente o bien por medio de instrumentos o cálculos; sin embargo los hechos de conciencia son intuiciones que se imponen por si mismos a la razón humana. Son por tanto dos tipos de receptores, unos que podríamos llamar de carácter somático y otros de carácter —podríamos llamar— trascendentes que están más allá de lo somático con lo cual concuerdan perfectamente con la naturaleza existencial o biológica del hombre y la esencial o trascendente del mismo.

En ambos dominios hay hechos que en cuya certeza existe una convicción humano universal expresada en el lenguaje normal. El dominio de los *hechos de experiencia externa*, sirve en ejemplo de la existencia de cosas con sus propiedades; mientras que en la experiencia interna los juicios contradictorios no pueden ser a la vez bajo el

mismo respecto, verdaderos o la conciencia moral como un saber del bien o del mal que lleva consigo la exigencia de la conducta correspondiente. Los hechos de experiencia interna definen la «conciencia moral». Newman ha puesto de relieve que el hombre sin una especial formación académica es incapaz de hacer una explicación coherente de los dictados generados de su conciencia, de aquí que sea necesaria una base cultural, a fin de poder entender los preceptos legales y el comportamiento actual. Esto significa que *la educación* es fundamental para el mantenimiento del orden en el medio ambiente como para otras actividades humanas. No significa que la conciencia moral no sea un saber permanente sobre el bien o el mal en general, sino que en el hombre, la experiencia aflora de modo más inmediato y urgente cuando reprime determinadas conductas y se impone por la fuerza espiritual (conciencia moral) al desarrollo de las mismas. En esta determinación —dictamen de la conciencia— el hombre se da cuenta de que están en conflicto dos aspectos: su mejor yo, y otro yo contrario. En la oposición, la conciencia moral como poder de aviso —freno— se pone —sin lugar a dudas— de parte del mejor yo.

La conciencia moral de la Ética ecológica que nosotros propugnamos parte de distinguir el bien del mal a través de una serie de «claves generales» que el individuo ha podido experimentar con su propia captación sensorial: hay que evitar el mal y hacer el bien, sé moderado, no hagas al otro lo que no quisieras que te hiciesen a ti; hay que obedecer a las autoridades legítimas; se debe sostener la palabra dada; muéstrate agradecido a tus bienhechores. En definitiva, se trata de una serie de verdades generales que constituyen *la sindéresis* por lo que se refiere a los hechos de experiencia externa, somática —diríamos biológica—, muy diferente a la sindéresis, es decir conjunto de hechos que se derivan de la conciencia por intuiciones de la misma que se imponen por sí solas a la razón.

Las primeras no corresponden a la educación natural, más bien lo que podríamos llamar la instrucción y las segundas a la educación propiamente dicha como sistema que incorpora verdades a través de una técnica racional perfectamente admitida. Es importante saber que la intuición no es innata sino adquirida; lo innato es solamente la disposición para esa intuición. Sin embargo, una vez conocidas estas generalidades —verdades morales— se convierten en rectoras de la razón desarrollada.

Podemos preguntarnos. ¿Cómo entra el hombre en posesión de la sindéresis? ¿Qué dice sobre ello la experiencia? Ante todo, la sindéresis no es innata sino que todas las condiciones morales básicas son adquiridas por medio de la experiencia. De esta manera el niño aprendía en su más temprana edad que no le es lícito hacer determinadas cosas porque en caso contrario, será castigado o perderá el cariño de aquéllos cuya preocupación por su bienestar sienten. El obrar mal trae malas consecuencias: tal es como la experiencia del niño; así aprende cada regla fundamental a través de los casos o ejemplo concretos con que tropieza su propia vida.

Como expresó Platón de modo muy gráfico, el papel de la educación en la temprana infancia (operación temprano del que hablaría el filósofo González Alvarez) resulta fundamental. Si el educador actúa sobre el niño de modo que las disposiciones tendenciales de éste, tales como el amor, el dolor, el odio, la alegría, etc., se dirijan tempranamente a fines rectos, la razón del educador actúa en tanto el niño no tenga capacidad de comprender por sí mismo. Con el despertar el uso de la razón el niño entrará en este lugar suscribiendo al educador y de esta manera practicará

con toda normalidad aquellas tendencias que le fueron infundidas. El uso de la razón comienza relativamente pronto, tal como se ha podido demostrar, y este anticipo es cada día mayor de acuerdo con la evolución positiva del desarrollo de la inteligencia del hombre. El niño debe aprender que la vida es única que él ha recibido este maravilloso privilegio y que los seres vivos tienen los mismos derechos. De esta manera aprende a no destruir por destruir animales, plantas, etc., y a comportarse de una manera ordenada, respetuosa y admirativa ante el medio ambiente. Desgraciadamente la formación que hoy damos al niño con los medios de comunicación (realmente extraordinarios) es un tanto disnealizante en el sentido que le hacemos ver un mundo fantástico, que si bien tiene de positivo que marcan en él cierta sensibilidad tiene de negativo de que le aleja de todo realismo. De aquí que más adelante en la educación del niño sea necesario sustituir esta fantasía por la realidad que dan las realidades naturales, las granjas educativas, etc., donde el niño se pone en contacto directo con la naturaleza.

Tenemos que huir de la conciencia moral que establece el materialismo dialéctico que de acuerdo con la teoría de Marx y Engels, así como la del propio Stalin, se basa en que el universo es simple materia, materia, de manera que como se dice en la referida filosofía, «fuera del mundo físico exterior no hay nada», siendo el mundo simplemente materia en eterno movimiento y eterna variación a la que el hombre se tiene que adaptar. Hoy como es bien sabido el materialismo dialéctico está totalmente desprestigiado, no ha podido resistir la crítica desde muchos puntos de vista razonables y por tanto queda como una simple afirmación que no ha sabido resistir el contraste con su propio criterio. Ciertamente que hoy la juventud —del siglo XX— tiene más sobras que luces puesto que no ha existido nunca una juventud con tan incierto presente y tan borroso futuro: sin trabajo fijo, sin vivienda asequible, sin emancipación a la vista, libre pero nunca más dependiente y los propios derechos humanos. Juventud que como ha dicho el sociólogo Amando de Miguel tiene tres tendencias bien marcadas: indiferencia ante el sentido de patriotismo; sentido marcado del individualismo, no acude a lugares públicos, un aislamiento preferible por él. Lo único positivo que se acusa es la vuelta a la Naturaleza y un singular interés por la misma (equilibrios biológicos del Planeta, viabilidad y habitabilidad del mismo).

Es difícil de explicar esta actitud, tal vez nos podría ayudar la interpretación de Chesterton, pensador libre-independiente que señala: «los valores humanos se vuelven locos cuando se les separan de su origen trascendente». Esto significa que se ha perdido el tiempo aislando al joven, liberándole del sentido trascendente y dirigiéndole hacia el materialismo. Este ha cometido el error de considerar como paradigmas —ejemplo a seguir— a la juventud elegante, rica, guapa, castiza, de los jóvenes americanos a cuyas metas nunca podrá llegar y que, de otra parte, tampoco son recomendables.

Es necesario un nuevo sentido de la Etica, es decir la creación de una bioética para el hombre de nuestro tiempo. No estamos de acuerdo con el Profesor Javier Gafó en el sentido de que haya sido Potter en el año 1973 quien creara el concepto de bioética para referirse a la actitud del médico respecto al enfermo. Este concepto es mucho más antiguo, en primer lugar hay que desterrar unas tendencias hedonistas que han convertido al hombre de nuestro tiempo en un admirador de sí mismo, en un embotamiento de sus virtudes. Mientras que por el contrario se comporta con una actitud que llega al cainismo, luchando a brazo partido por conseguir puestos de trabajo y además

situaciones de bienestar, un bienestar que no puede ser generalizables, que tenemos que compartir (dividir la tarta con que contamos) con los demás. Es necesario bajar a los términos de la realidad y pensar lo que es la vida, lo que es el futuro, y el objetivo del hombre al llegar a la tierra que no es otro sino *la realización* para conseguir un grado de perfección adecuado que le permita engranarse en lo infinito.

El hombre se ha situado en esta posición hedonista pensando que ha sido creador. Como indica San Agustín, crear es sacar algo de la nada, es pasar a lo finito algo que estaba en lo infinito y podemos afirmar —que el hombre de nuestro tiempo a pesar de sus investigaciones y progresos admirables no ha creado nada— lo único que ha hecho es sencillamente combinar los elementos ya existentes para dar lugar a formas —fórmulas nuevas— de utilidad industrial, etc., pero *la creación* —sacar de la nada— no ha podido hacerlo. El hombre no se ha podido acercar al Creador en esta magnífica posibilidad.

Hay ejemplos de ética realmente maravillosos, muy anteriores a la fecha de 1973 es el impresionante documento que el Jefe de los indios Piel Roja, Seattle, envió en el año 1954 al Presidente de los Estados Unidos como respuesta a la oferta del mismo. En aquella fecha el referido Presidente se dirige al Jefe de los indios Piel Roja ofreciéndole la compra de sus terrenos para dedicarlos al cultivo y la producción que necesita el desarrollo del hombre blanco, mientras que a cambio le ofrece otros espacios en los que allí con independencia y libertad pueda desarrollar su filosofía y sus costumbres en verdadera paz. La contestación del Jefe Indio fue un ejemplo de BIO-ÉTICA realmente admirable, cuyo documento ha sido elegido por las Naciones Unidas para la celebración del «día del Medio Ambiente». En este documento se indica —en primer lugar— que nadie como los indios conocen la naturaleza puesto que cada día amanecen en un lugar distinto, viven sobre la misma y solamente de ella. No quieren perdurar en el uso de la propia naturaleza para no destruirla, conviene mantener la vegetación, conviene mantener la producción de las especies animales porque todo este conjunto como él señala es la vida de la que dependemos y, añade —nadie como nosotros que dormimos sobre la tierra, nos levantamos cada día en un pasaje distinto y seguimos las especies animales, las especies vegetales conoce a la Naturaleza—.

Señor Jefe de los blancos, Usted nos propone que le vendamos estas tierras y yo tengo que añadir, no podemos vender nada que no es nuestro. No es nuestro el agua, ni las nubes, ni el cielo, ni los manantiales, no es nuestro la tierra ni los vegetales, ni los matorrales, ni el bosque de pinos y tampoco es nuestra el águila grande, el ciervo, el caballo, el cárabo, el buho, etc., por tanto todo esto no lo podemos vender. Nosotros somos salvajes, quizás no entendamos nada, tampoco entendemos cómo el Creador les ha dado a ustedes tanta fuerza y tanto poder —El tendrá sus razones que nosotros respetamos—, pero ustedes no abusen de esto porque tal vez un día se puede enojar nuestro Creador y entonces será la perdición de todos. Quizá Ustedes descubran también —algún día— que todos somos hermanos y que lo único que está por encima de nosotros es el Creador.

Nosotros no comprendemos al hombre blanco que abandona sus muertos y se marcha, que pasa por la tierra y le arranca sus frutos, la esteriliza y la deja vacía. Para el hombre blanco la tierra no es su hermana, ni siquiera su amiga, sencillamente es una fuente de riqueza que él utiliza y destruye y no se da cuenta de que este hombre como nosotros procede de la Naturaleza; la Naturaleza es anterior a nosotros, volveremos a la misma, el polvo de la Naturaleza, la arena que forma estas playas, etc., es el polvo

que integró los cuerpos de nuestros antepasados. Ustedes abandonan a los muertos, llegan a la tierra de noche, la destruyen y se van, no tienen más apego a la Naturaleza —para nosotros es distinto—.

Un indio piel roja no entiende el significado de una ciudad integrada por torres, muros de cemento, de cristal, donde el hombre se aísla y se refugia; no podemos resistir el ruido ni tampoco el aire contaminado, no podemos vivir sin contemplar el firmamento, las estrellas, los olores del amanecer y tampoco no percibir el crecimiento de las flores, la apertura de las hojas, etc., para nosotros la Naturaleza es imprescindible.

SEÑOR JEFE DE LOS BLANCOS, a pesar de todo lo que indico consideramos su oferta de compra a cambio de un territorio silencioso, tranquilo para nuestra realización de acuerdo con las costumbres y religión que nosotros practicamos, pero, a cambio de todo esto, pedimos que usted sea nuestro jefe, que nos proteja a nosotros, a las plantas y a los animales, que de un mismo trato a los animales que a las plantas porque todo lo que les pase a los animales y a las plantas será un mal para nosotros y para todos. Por tanto esto es algo que le pedimos a cambio, y tengan ustedes en cuenta que la vida no es nuestra, no la hemos creado nosotros, somos un hilo de la enorme tela que constituye toda la vida que existe en la tierra (biosfera).

Este planteamiento llegó a conducir a que en el año 1854 tal contestación diese origen al acuerdo de Point Elliot, acuerdo llamado de la «TOLERANCIA y de la COMPRENSION» en el cual se crearon las Reservas Indias en las que estas tribus se alojan y siguen disfrutando, integrándose cada día más en la sociedad moderna, pero viviendo en paz y en tranquilidad tal como señalaba el referido contrato. Seattle, el Jefe Indio, muere y pide que se le entierre lejos de la gran ciudad porque no quiere el murmullo, pero el lugar de su tumba en la pequeña ciudad de Seattle hoy se ha convertido en una ciudad de más de 500 mil habitantes situada dentro del Estado de Washintong, siendo paso obligado de todas las migraciones ecológicas que van hacia Alaska, Canadá y Japón y donde se acaban de celebrar dos convenciones importantes para tratar de temas ecológicos. Sencillamente diremos que esta es una *bella pieza de bioética*, ciertamente admirable y muy interesante para nuestras pretensiones.

Para terminar señalaremos que, *cualquier estrategia que se lleve a cabo en política medioambiental debe ser firme, valiente y amorosa*, como dice el Padre Abad del Monasterio de Silos, Clemente Serna, «toda persona medianamente comprometida por su cultura, etc., tiene que pensar que si al contemplar la grandeza de la Naturaleza cae rendido ante el Creador —no puede ser otra cosa que ecologista—. Pero este sentido de ecologismo hay que entenderlo de una manera amorosa, respuesta hacia la Creación y hacia la propia obra que es la vida que hoy nos rodea. Nunca podemos legislar por miedo a que se extingan las condiciones que nos han llevado a la situación de confort, a esto que se ha llamado «estado del bienestar», concepto muy difícil de interpretar. Para algunos el estado del bienestar es sencillamente el hecho diferencial de la calidad del aire, del agua y de los alimentos que se consumen en el medio rural en relación con la gran ciudad (contaminación máxima). Para otros sería sencillamente el bienestar que produce el trabajo, para aquellas personas ocupadas, puesto que es cierto que el trabajo cada día es menos duro, más retributivo pero menos abundante «no hay trabajo para todos». Para otros, sería la posibilidad que en las grandes ciudades se encuentra para la promoción individual, promoción de la vida e integración de la misma en el medio laboral.

Cualquiera que sea la interpretación que demos al concepto de «*calidad de vida*», lo que significa el «estado del bienestar» como obsesión de muchos gobiernos hay que meditarlo; no podemos cambiar este estado de bienestar por una situación mundial completamente desproporcionada e inadmisibles en la que los ricos —como diría Enrique Iglesias el actual Director del Banco Mundial—. *Cada día son más ricos y luchan por mantener y mejorar el estado de bienestar; los pobres —por el contrario— cada día son más pobres*, y sólo luchan por la supervivencia. La vida cada día se está haciendo mucho más difícil y en muchas regiones del Planeta hemos pasado de la propia perspectiva vital a un sistema de supervivencia y sufrimiento. La mente humana que ha pasado del teocentrismo al antropocentrismo y a la plena liberación de prejuicios que se inicia en el renacimiento, parece orientarse en una singular preocupación por el medio ambiente —La Ecología— preocupación por su entorno. No es aventurado pensar que el siglo XXI se alejara del materialismo —del bienestar— para centrarse en un ecologismo salvador —aunque solo sea por egoísmo y miedo—.

Vale la pena pensar en el profundo significado de la frase que pronunciara Miguel Delibes en el discurso de toma de posesión del sillón de la Real Academia referido a la contaminación ambiental: «Si las cosas han de continuar así, paren la tierra, quiero bajarme».

Félix Rodríguez de la Fuente hizo suyos los siguientes conceptos:

- «Visión planetaria del medio ambiente —más allá de su ciudad, más allá de su Patria—».
- «Gasto ecológico», lo que consume una vida (ser vivo) y significa para el contexto de la Biosfera —agotable y no eterna—.
- «Educación Ecológica», que se refiere a la Etica moral y de conducta, para vivir en la Era Ecológica con perspectivas de futuro.
- «Formación Ecológica», preocupación por que estos principios éticos y morales se arraiguen en el niño y comiencen a ejercer su eficacia en el adolescente y juventud.

Con Antonio Neruda diremos: «estamos obligados a nuestra tierra y a estos principios ecológicos por dos razones: una (razón filosófica) de nuestra creencia —formación espiritual— y otra de sangre, puesto que somos la Tierra del gran protagonista de la Ecología, Félix Rodríguez de la Fuente».